

TIEMPOS DE VENDIMIA Y LÁGRIMAS

Un año más estamos de vendimia en toda la zona del Duero, época de alegría, de esperanza, de ilusión, de nervios y de rezos.

De alegría..., porque se recoge el trabajo de todo un año; ahora, eso sí, ¡siempre mirando al cielo!

De esperanza..., porque se recogerá una buena cosecha y nuestras comarcas podrán crecer en este sector, aun a pesar de los eternos pedigüños que intentan restar fuerzas a zonas que poco reivindicán.

De alegría, de esperanza, pero también de lágrimas por lo que perdimos en tiempos muy recientes y no podrá recuperar nuestro querido Peñafiel (¡parece que fue hace un siglo!, a tenor de nuestra frágil memoria).

Es digno destacar la lucha por sobrevivir de las pequeñas bodegas familiares, en un mercado excesivamente tupido de ofertas vinícolas. Y también los logros de un sector industrial que ha sabido adaptarse a las exigencias de un guión no escrito a su medida, aún más si se tiene en cuenta las dificultades que tienen que salvar los intrépidos y valientes bodegueros, que soportan estoicamente los vaivenes de un mercado que parece que navegue sin timón.

En el año 1969 se celebró la primera “feria del vino” que se exponía, junto a nuestra tradicional feria agrícola, en el barrio de El Salvador (en el lugar popularmente llamado Valle de las Espadas).

En aquella época muy pocos podían imaginar en lo que se convertiría más tarde el negocio del vino, siendo en este momento una realidad indiscutible.

Los empresarios de la Ribera del Duero se han ganado a pulso el “mágico hecho” de que por todo el mundo se hable y se deguste el fruto preferido del dios Baco. La situación actual hace que miren con desenfrenado optimismo el potencial de crecimiento que se abre ante ellos.

Ese “nuevo viaje de la vuelta al mundo” ha sido capitaneado por el buque más famoso y viejo de nuestra zona: el Castillo de Peñafiel. Nuestro “buque” encabeza con orgullo “la Santa Maria” de una flota de veleros que inundan con sus caldos la nueva “fe” del dios Dionisio.

Esa flota aventurera, sin saber a priori el resultado de su descubrimiento, no se amilanó ante las sucesivas dificultades que otras potencias ponían. Éstas intentaron hundir nuestros pequeños veleros; si bien sus cimientos de construcción no eran muy sólidos, sí lo eran sus productos.

Fue fácil atraer a “nuestra fe” a los catadores de nuestros excelentes vinos, y estamos convencidos de que no fue gracias a los efluvios placenteros que respiraban en el proceso de la cata, sino a un trabajo bien hecho, a una precisa disciplina de reloj suizo, a un saber entender los mercados, y a elaborar con una calidad casi perfecta. Fue debido a que los viticultores, después de un año de pericia y abnegación, recogieron y depositaron en los lagares el fruto de las viñas milagrosas de la Ribera del Duero.

Sin embargo, no todo ha sido digno de alabanzas; el apagón incomprensible que tiene esta D.O. no es equiparable al esfuerzo de vinateros y bodegueros. El escaparte que representaba la Feria de Peñafiel Ribereexpo era impagable para la D.O. y, naturalmente, para nuestro destartado Peñafiel.

Consideramos que nuestro Ayuntamiento, el Consejo Regulador y, sobre todo, los políticos de Castilla y León no debieron conformarse con el ocaso de este “brillante resplandor que anunciaba el camino de Belén”, donde nacía la perfección del fruto divino. Más aún sabiendo que esa apuesta estaba ganada, y que de esas ganancias todos se beneficiarían. Los políticos de Peñafiel alegaron que mantener la feria supondría un coste de 300.000€.

Nadie discute esto, pero sí nos preguntamos cuánto aportaba a Peñafiel (en euros) dicho evento, de renombre mundial, que se publicaba año tras año en la prensa internacional, y que era un referente de calidad en las revistas de enoturismo (¡nada más y nada menos!). Y esto sin contar con la aportación turística que daba a una población con escasos recursos (no de oferta, sino de detalles atractivos).

Esta “mancha” en el libro aún por escribir de la D.O. Ribera del Duero, la tendrán que soportar de por vida Peñafiel, y por ende, los políticos a los que por desgracia les tocó vivir este negro episodio de nuestra historia reciente.

“Tocar los pies del dios Baco” fue el principio de un sueño realizable para Peñafiel, sueño que pretendía ser un hecho incontestable, al darnos la posibilidad de sentarnos en la misma mesa que los tocados por la gracia divina de este producto de moda.

Pero como siempre... ¡aquí se desvanecen los sueños!, al querernos colgar de “las barbas del sublime hacedor de las realidades...”